ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

DE INCÓGNITO.

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON EUSEBIO SIERRA Y DON ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

Estrenado en el Teatro de Variedades la noche del 2 de Enero de 1878.

MADRID

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878

DE INCÓGNITO.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

DE INCÓGNITO.

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON EUSEBIO SIERRA Y DON ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

Estrenado en el Teatro de Variedades la noche del 2 de Enero de 1878.

MADRID

IMPRENTA DE DIEGO VALERO, SOLDADO, NÚM. 4.
1878

PERSONAJES.		ACTORES.
TRIFONA.	SRA.	ARTIGUES.
AURORA..	SRTA.	LUNA.
DON LEONCIO.	SRES.	LUJAN.
ROQUE..		TAMAYO.
EL MARQUES.		RUESGA.
REBOLLEDO.		CASTILLO.
ARTURO..		LASTRA.
EL ALCALDE.		DIEZ.

Mozos del pueblo.

La escena pasa en un pueblo cualquiera de corto vecindario.

AL PRIMER ACTOR CÓMICO

D. JUAN JOSÉ LUJÁN.

El éxito que ha alcanzado esta obra, escrita expresamente para Vd., á Vd. solo se debe; y no seríamos sinceros ni agradecidos si no lo hiciésemos constar así. A título, pues, de reciprocidad justa, reciba Vd. esta humilde dedicatoria como una débil prueba de la cariñosa amistad con que le distinguen

LOS AUTORES.

Madrid 1.º de Febrero de 1878.

ACTO PRIMERO.

A la derecha del espectador una taberna; á la puerta, bajo un cobertizo de cañas, mesas y asientos rústicos. A la izquierda las tapias del jardin del Marqués, con puerta accesible. Al foro, paisaje.

ESCENA I.

ROQUE y el ALCALDE.

ROQUE. Nada, señor Alcalde, es preciso que tome uste una determinacion. Esto no puede seguir así.

ALCALDE. ¿Qué determinacion quieres que tome yo?

ROQUE. Eso usté se lo sabrá, que por algo le han hecho Alcalde.

ALCALDE. Pero, alma de cántaro, ¿puedo yo algo contra la langosta, las heladas, los pedriscos y demás calamidades, sin olvidar al gobierno?

ROQUE. En cuanto á este último, ya lo creo que puede usté algo. Contra el vicio de pedir demasiao, hay la virtud de negarlo too.

ALCALDE. Pero ¿no estás viendo que el gobernador me apremia?

ROQUE. Que apremie.

ALCALDE. Ya hace dos años que nadie paga aquí las contribuciones.

ROQUE. Pues, miste, es una costumbre que á naide le pesa.

ALCALDE. Solo el tio Rebolledo paga religiosamente los tributos.

ROQUE. ¿El administrador del marqués?... bien puede con las cuentas que pone á su amo.

ALCALDE. Como que el año pasado se comió más de mil fanegas de cebada y otras tantas de avena.

ROQUE. Así medra el condenao: y luego nos embarga si no le pagamos el mismo dia que cumplen los arrendamientos...

ALCALDE. Es un judío.

ROQUE. Y un orgulloso. No quiere que su hija se case con Arturito.

ALCALDE. Como el chico es pobre...

ROQUE. Pero debia mirar que es de la familia.

ALCALDE. Dejémonos de murmuraciones. Y ahora que me acuerdo: en el bolsillo llevo un oficio del Gobernador anunciándome que viene otro comisionado para cobrar los atrasos de la contribucion.

ROQUE. Eso es lo que menos me importa; se hace con él lo que con otros, y en paz. Déjeme usted estas cosas á mi cargo. ¿Viene uno de esos comisionados? Pues le hacemos dos. ¿Viene el segundo? Pues doble: le hacemos cuatro. ¿Viene el tercero? Pues doble: le hacemos ocho. ¿Viene el cuarto? Pues doble: le hacemos diez y siete.

ALCALDE. Te has equivocado.

ROQUE. Peazo más ó ménos, el caso es el mismo.

ALCALDE. Vaya, voy á dar una vuelta por el pueblo.

ROQUE. Y yo á mi taberna. ¡Ah! que en cuanto asome

el comisionao las narices por ahí, le suelto dos tiros.

ALCALDE. No seas bruto, Roque; sin verme no hagas nada.

ROQUE. Bueno, pues le soltaré uno solo.

ALCALDE. Adios, hombre, y prudencia.

ROQUE. Vaya usted con Dios.

ESCENA II.

D. LEONCIO por el foro derecha. Traje ridículo, baston y una sombrerera en la mano. Atraviesa el escenario sin decir nada hasta tomar asiento en uno de los bancos de la taberna.

D. LEONC. Gracias á Dios que he llegado. ¡Qué leguas las de estos campesinos! Lo menos tiene veinte kilómetros cada una... ¡Y que un funcionario español tenga que viajar de esta manera!... Se le debiera caer la cara de vergüenza al Estado; sí, al Estado. ¡Pero qué se le ha de caer! El Estado no tiene entrañas... No se parece á mí... Una de ellas, al menos, está dando en este momento grandes señales de vida... Siento en el estómago un hormigueo... Ya se vé, he andado en ayunas cinco ó seis leguas. Despues de todo debo estar satisfecho. Llevaba cesante desde el sesenta y cuatro, y al fin he alcanzado un destino... Comisionado de apremio, sin sueldo limitado, puesto que he de cobrar por dietas. ¡Dietas á mí! ¡Pobre de este pueblo si tuviera que pagar las que he pasado en mi vida! Pero veamos si está completo el equipaje, no sea que me hayan robado en las posadas; aunque ahora recuerdo que no he entrado en ninguna. No importa, registremos. Que vaya nadie á adivinar el secreto de esta sombrerera-baul, ó de este baul-sombrerera. Mi nombramiento... una camisa... un calzoncillo... dos pañuelos y este

solo calcetin, donde llevo mis caudales... dos pesetas en perros de todos tamaños. Felizmente, nada me falta.

ESCENA III.

Dicho y REBOLLEDO y TRIFONA con traje de fiesta.

REBOLL. No puedes figurarte, Trifona mia, el placer que me produce esta carta.

TRIFONA. ¿Conque ya no viene el marqués?

REBOLL. Gracias á Dios, sale un dia de estos para Alemania. Así me lo dice su apoderado general...

D. LEONC. ¡Hola! dos indígenas. Parecen vecinos acomodados. ¡Y qué entretenidos están... ni siquiera han reparado en mí. (Tose.)

TRIFONA. Hacemos un pan como unas hostias, si le da al amo la gana venir en esta ocasion.

REBOLL. Como que tengo todas las cuentas embrolladas.

D. LEONC. ¡Hola! Parecen pájaros de cuenta.

TRIFONA. Y todo sin vender. Pero tiempo tienes ya de arreglarlo todo hasta que vuelva de Alemania.

REBOLL. Dices bien; ¡ea! vamos á misa como buenos cristianos.

D. LEONC. ¡Caballero... señora! (Atajándoles el paso.)

REBOLL. ¿Quién es este tipo?

D. LEONC. ¡Cómo tipo! ¿A ver qué es eso de tipo?

TRIFONA. ¡Vaya una facha! ¡Ja, ja, ja, ja!

REBOLL. ¡Ja, ja, ja!

D. LEONC. (Vamos, menos mal, que la primera sensacion que causo en este pueblo es de alegría! Continúan riéndose! Pues, señor, lo mejor será que me ria yo tambien).

TRIFONA. ¿De dónde habrá salido ese avechucho?

D. LEONC. ¡Avechucho! (Esta sensacion ya no me gusta.)

REBOLL. ¡Si parece el mono del puño de mi paraguas! ¡Ja, ja!

TRIFONA. ¡Ja, ja!

D. LEONC. Señores mios, mal conocen ustedes las leyes de la hospitalidad. Soy forastero, y por esta sola cualidad, ya que no se tenga en cuenta mi carácter oficial, soy acreedor á otro recibimiento. (Pausa.) (¡Eh! ya no se rien, ya les ha metido en cuidado mi carácter oficial.) Y ahora, señores mios, ¿me harán ustedes el favor de indicarme un hotel, una fonda ó una casa de huéspedes?

LOS DOS. ¡Ja, ja!

REROLL. Debe estar trastornado.

D. LEONC. ¡Vuelta á la risa!

TRIFONA. ¿No viste que venia de la taberna? Vamos á misa y no le hagamos caso. (Vánse mirando á don Leoncio, y riéndose á carcajadas.)

ESCENA IV.

D. LEONCIO y ROQUE.

D. LEONC. ¡Qué educacion la de esta gente!

ROQUE. (Sale de la taberna.) ¡Un forastero! ¿Si será el comisionado? Pues como sea, ya puede irse encomendándose á Dios.

D. LEONC. Calle, otro indígena... Buenos dias, amigo mio.

ROQUE. A la paz de Dios, buen hombre.

D. LEONC. ¿Qué es eso de buen hombre? A mí no se me saluda así.

ROQUE. Pues... Buen tio...

D. LEONC. ¡Tio! (es verdad que lo parezco.) (Mirándose el porte.) Yo soy un caballero, aunque me esté mal el decirlo.

ROQUE. Como usté guste. ¿En qué puedo servir á vucencia? (Con ironía.)

D. LEONC. El vú está demás. Deseo que usted me indique algun hotel.

ROQUE. ¿Y qué es eso?
D. LEONC. Una fonda.
ROQUE. Toma, pues haberlo dicho así, que yo no tengo obligacion de saber latin.
D. LEONC. (Pues no dice que hotel es palabra latina! ¡qué entenderá de inglés este paleto!)
ROQUE. Además, aquí no hay fonda.
D. LEONC. Habrá posada.
ROQUE. Tampoco. Como no pasa cerro-carril ni camino real en doce leguas á la redonda, no hay trafico.
D. LEONC. Ni gramática.
ROQUE. Y toos los forasteros se alojan en mi taberna.
D. LEONC. Puesto que no hay más remedio, soy su huésped. Ea, vamos allá.
ROQUE. Pero eso es segun y conforme. Puede suceder que usté no me convenga.
D. LEONC. Y quién ha dicho á usted que yo pretendo convenirle? ¡No faltaba otra cosa!
ROQUE. Porque si fuera usté el comisionao que dice el gobernaor que nos va á mandar...
D. LEONC. Si lo fuese ¿qué?
ROQUE. Pues náa; le echaba una mano al pescuezo y con la otra... (Como si tratara de ahogarle.)
D. LEONC. Que me ahoga usted.
ROQUE. Pues eso le haría.
D. LEONC. (¡Cielo santo! Dónde me he metido!)
ROQUE. (Creo que este es el pájaro.)
D. LEONC. ¿Eso haria usted con un delegado del gobierno?
ROQUE. Que lo diga el que vino hace un mes; es decir, como decirlo no podria ya.
D. LEONC. Pues ¿qué le hicieron?
ROQUE. Dos.
D. LEONC. (Vírgen de las Angustias, que no me venda el miedo.)
ROQUE. Y al que venga, ya se sabe...

D. LEONC. ¿Le dividen?
ROQUE. No; á ese...
D. LEONC. ¿Le respetarán?
ROQUE. Sí, haciéndole cuatro.
D. LEONC. (Ay, á mí me va á dar algo.)
ROQUE. ¿Qué es eso, se pone usté malo?
D. LEONC. No señor... Es que me hace mucha gracia lo que usted dice.
ROQUE. Y al tercero que venga.
D. LEONC. ¡Qué ha de venir! conque yo... (Dios mio, qué iba á decir.)
ROQUE. Parece que tiembla usté.
D. LEONC. ¡Temblar! ¡Yo temblar! Qué disparate, si me estoy cayendo de risa.
ROQUE. Con que usté dirá quién es y á qué viene, que yo estoy perdiendo el tiempo.
D. LEONC. (¡Dame valor, Dios mio!) Buen aldeano, te hallas en presencia de un personaje ilustre, de tal abolengo, que pasa su vida entre reyes.
ROQUE. (¡Carape! y yo que le iba...)
D. LEONC. (No miento; duermo en los bancos de la Plaza de Oriente.)
ROQUE. (Es menester que enmiende mi barbaridad.) Cuando yo dige vucencia, por alguna cosa lo dige.
D. LEONC. Luego...
ROQUE. Conocí con quién me las habia apenas ví su porte.
D. LEONC. ¿Sabes que eres un lince?
ROQUE. Vaya si lo soy. Tengo un ojo. Pues ¿y nariz? Soy un podenco.
D. LEONC. Basta que tú lo digas. (Me salvé.) Pues sí, amigo mio, eres muy listo y muy perspícuo.
ROQUE. Perpí ¿qué?
D. LEONC. Perspícuo.
ROQUE. (¿Qué será eso?) Pero ya caigo.

D. Leonc. ¿De dónde?

Roque. De mi burro, de mí mesmo, como quien dice; vucencia es el señor marqués.

D Leonc. (¿Qué marqués seré? ¡Ah, qué idea! voy á aprovecharme de su engaño para salir sano y salvo de entre estos salvajes.)

Roque. Vaya sí es vucencia el señor marqués.

D. Leonc. (Con misterio.) Aldeano, ni una palabra... silencio y prudencia.

Roque. No hay que mandarme dos veces. Si ya me he calao yo á lo que viene vucencia, como si estuviera yo mismo dentro de su pellejo.

D. Leonc. ¿Sí? Pues dímelo (que maldito si yo lo sé).

Roque. Pues viene á sorprender á su administraor y á ajustarle las cuentas. ¡Buen administraor está! Es un tuno, dicho sea sin ofenderle.

D. Leonc. ¿Qué dirá éste cuando quiera ofender?

Roque. Dicen, que ogaño se ha comío lo ménos mil fanegas de cebaa y otras tantas de avena.

D. Leonc. Buen pienso.

Roque. Y Dios sabe los embrollos que irá descubriendo usía, digo vucen...

D. Leonc. Bien, tú puedes apearme el tratamiento. Yo soy así.

Roque. ¡Qué llanote! ¿Quiere usté pasar adrento?

D. Leonc. Sí, vamos allá.

Roque. Le freiré unas magras de lomo para almorzar y luego á sorprender á su administraor.

D. Leonc. Eso es (que almuerce yo, y verás á quién sorprendo.) (Mútis.)

ESCENA V.

AURORA por la puerta del palacio. ARTURO.

Aurora. ¡Nadie! Y luego dirá el falso que me quiere...

Fíese V. de los hombres; pero aquí viene. Me fingiré enojada.

ARTURO. ¡Aurora de mi vida!

AURORA. Haga usted el favor de no dirigirme la palabra. Márchese usted, quítese usted de mi presencia.

ARTURO. No seas niña, Aurorita. Si sabes que te quiero con toda el alma. Vaya, vuelve hácia mí los ojos y deja que en tu mano estampe un tierno... (Al ir á besarla recibe un bofeton.) ¡Caracoles!

AURORA. Así pago yo caricias inconvenientes.

ARTURO. ¡Ay qué mano! Es chiquitita, pero pesada.

AURORA. ¿Dónde has estado, vamos á ver?

ARTURO. De caza. He cogido una liebre mayúscula.

AURORA. A verla.

ARTURO. No, si es una liebre en sentido figurado; es que me he dado un porrazo mayúsculo.

AURORA. ¡Ay! ¡Dios mio! ¿Te has hecho mucho daño? ¿Te duele algo, Arturito?

ARTURO. Sí, Aurora, me duele el corazon de verte enojada conmigo.

AURORA. Si todo ha sido broma.

ARTURO. Hermosa mia, ¿por qué serán tan hotentotes tus padres? ¡Negarme tu mano!...

AURORA. Pero como yo te la doy... (Dándosela.)

ARTURO. ¡Qué dicha! Deja que me la coma.

AURORA. Poquito á poco.

ARTURO. Qué suavidad y qué blancura.

AURORA. Vamos, que me sonrojo.

ARTURO. Diez, once, doce, trece... (Besando.)

ESCENA VI.

Dichos, REBOLLEDO y TRIFONA.

REBOLL. ¿Los ves, Trifona?

AURORA. } Mis padres.
ARTURO. } Sus padres.

TRIFONA. No se verán más en la vida.

ARTURO. Tio... tia. (Arturo dice esto con humildad y sus tios le rechazan.)

TRIFONA. ¿Y parecias una mosquita muerta? (A Aurora.)

AURORA. Como es mi primo...

ARTURO. Como soy su primo...

REBOLL. ¡Silencio!

ARTURO. Y despues de todo, ¿qué es un beso en la mano?

TRIFONA. ¿Habráse visto mayor desvergüenza?

ARTURO. ¿Qué mancha deja, vamos á ver? A bien que ustedes cuando fueron novios...

REBOLL. ¡Desvergonzado!

TRIFONA. ¡Cuando yo decia que este Arturito era una alhaja!

ARTURO. Si nos casaran ustedes, nada de esto sucederia.

REBOLL. ¡Casaros! ¿Y con qué cuentas tú para sostener una familia?

ARTURO. A su lado de usted no me faltaria ocupacion. ¿Quién le lleva á usted las cuentas de todo? ¿Quién se entiende con el apoderado general del señor marqués? ¿Quién, en fin, suma ocho y ocho cuarenta y cinco para justificar ciertos alcances?

REBOLL. ¡Silencio! (Alarmado.)

ARTURO. Pues si yo fuera á Madrid y buscase al marqués, y le dijera: señor marqués, no perderia Vuecencia nada con hacer un viajecito á sus posesiones; allí veria Vuecencia al tio Rebolledo cada dia más rico á costa de Vuecencia...

REBOLL. ¿Quieres callar, taravilla?

ARTURO. Poniéndole á Vuecencia unas cuentas que ni las del Gran Capitan: vendiendo los frutos á veinte y poniéndole á Vuecencia diez ó doce á lo sumo, disminuyendo el número de fanegas, aumentando el de los gastos que no hace y...

REBOLL. ¡Basta, condenado!

ARTURO. ¿Cree usted que ganaria mucho con mis revelaciones? Pues ande con tiento, que estoy tentado de ponerme ahora mismo en camino si me arroja de su casa.

REBOLL. Pues ya puedes darte por arrojado.

ARTURO. Ya lo oyes, Aurora; te separan de tu Arturito; me echan de tu casa...

AURORA. Yo no quiero que te marches, Arturo. (Poniéndose á su lado.)

ARTURO. Ya lo ven ustedes, su hija no puede pasarse sin mí... ni yo sin ella. (Se abrazan.)

TRIFONA. ¡Y la abraza en nuestra presencia!

REBOLL. Voy á hacerle pedazos.

AURORA. Tendrá usted que matarme antes.

TRIFONA. ¡Qué tiempos!

ARTURO. Atrévase usted, atrévase usted.

TRIFONA. ¡Dios mio! Van á despedazarse. (Aurora se retira precipitadamente al salir Roque.)

ESCENA VII.

Dichos y ROQUE.

ROQUE. ¿Quién riñe aquí? Ah, son ustés; nunca más á tiempo pá armar un escándalo. A ver sino alborotan y dejan dormir en paz al señor marqués. (Al oir esto, todos acuden á Roque.)

REBOLL. ¡Al señor marqués!
TRIFONA. ¿Al señor marqués?
ARTURO. ¿Al señor marqués? (Con alegría.)

ROQUE. Al... ¡Demonio que me lleve! ¡Pues no la he soltao! (Tapándose la boca.)

REBOLL. Pero, qué dices, hombre, ¿qué marqués es ese?
TRIFONA. ¿Qué marqués es ese?
ARTURO. ¿Quién es ese marqués?

ROQUE. El propio marqués de este pueblo, su amo de usté. (A Rebolledo.)

REBOLL. ¡Mi amo!

TRIFONA. ¡El amo!

ARTURO. ¡Su amo! (Casi simultáneamente.)

ROQUE. Con franqueza, tio Rebolledo; me ha hecho usté muchas; pero ahora me las va usté á pagar todas juntas. Cuente usté con que la administracion es para mí.

REBOLL. ¡Para tí!
TRIFONA. ¡Para tí!
ARTURO. ¡Para él!

ROQUE. ¡Para mí! ¡para mí! (Remedándolos.)

TRIFONA. Eso lo veremos; aunque le hayas metido muchos embolismos en la cabeza, el señorito se ha criao á mis pechos, y aunque no le he vuelto á ver desde que tenia tres meses; le conservo mucha ley, y él me la tiene á mí tambien.

ROQUE. En cuanto se despierte lo veremos.

REBOLL. Vamos á despertarle...

ROQUE. Poco á poco. En mi casa mando yo y cuidao con propasarse.

REBOLL. Bien; le veremos despues. ¿Pero cómo ha sido, venir á tu casa?

ROQUE. Porque dice que viaja de... es una cosa como una melecina que tomé la primavera pasaa, de... viaja de acónito... eso es... de acónito.

ARTURO. De incógnito, querrás decir.

ROQUE. Lo mismo dá. Y viene á cojerles á ustedes de sorpresa.

REBOLL. (¡Y en qué ocasion, Trifona!)

ROQUE. Además, le he sacao yo, con mi habilidad, muchas gracias. Este año nos perdona la venta á toos los colonos, por las calamidades que hemos tenido. Voy á correr la voz por el pueblo, pa hacerle un recibimiento dino de su prosapia. En cuanto que se sepa, viene aquí too el mundo y se echan las campanas al vue-

lo. Conque, acompaño á ustes en el sentimiento y... salú. (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

ARTURITO, REBOLLEDO y TRIFONA.

REBOLL. ¡Trifona! (Compungido.)
TRIFONA. ¡Pantaleon! (id.)
ARTURO. No se aturdan ustedes, que aun es tiempo de arreglarlo todo.
REBOLL. ¡Si lo arreglaras!..
TRIFONA. ¡Si lo arreglaras!...
ARTURO. Lo arreglaré; pero á condicion de que me concedan ustedes la mano de Aurorita.
REBOLL. Sí, hombre, aunque quieras tambien las nuestras.
ARTURO. Muchas gracias; yo no quiero más que manos limpias.
TRIFONA. ¿Las tenemos súcias nosotros?
ARTURO. Ese es achaque de administradores. Pero váyanse ustedes á preparar algo en el palacio, mientras yo espero aquí al marqués.
REBOLL. Vamos allá. Háblale al alma, Arturito. (Abrazándole.)
TRIFONA. ¡Hijo de mis entrañas, qué honrado eres!
REBOLL. Pero ¡qué bueno!
ARTURO. ¡Lo que es el mundo!
REBOLL. ¡Ay, Trifona! (Compungido.)
TRIFONA. ¡Ay, Pantaleon! (id.) (Mútis.)

ESCENA IX.

ARTURO y LEONCIO.

ARTURO. A la carga; el éxito de esta empresa depende de mi diplomacia: seamos diplomáticos. Pero, táte, aquí está el marqués.

D. LEONC. He almorzado, me veo libre de ese ganso y de los otros gansos sus convecinos. ¡A Madrid, Leoncio! Pierdo un destino tantos años codiciado; pero ¡ay! ¡sálvese el pellejo!

ARTURO. ¡Señor marqués!... (Saliendo al encuentro.)

D. LEONC. ¿Cómo?... ¡Ah! Sí, sí. ¿Ha dicho usted señor marqués? (Mirando á su alrededor.)

ARTURO. Sí señor.

D. LEONC. Soy tan llanote que con frecuencia me olvido de mi título. (¿Qué querrá este zamacuco?) Usted dirá qué se le ofrece.

ARTURO. Pues yo soy el sobrino de Rebolledo.

D. LEONC. ¡Hombre! ¿Con que el sobrino de Rebolledo? ¡Cuánto me alegro! (¿Quién será Rebolledo?)

ARTURO. Y venia á interceder con vuecencia en favor de mi tio.

D. LEONC. No es necesario. ¡Oh! Yo aprecio mucho á su tio de usted.

ARTURO. Es que como parece que el tio Roque le ha metido á Vuecencia una porcion de cuentos sobre si la administracion de mi tio era ó no perjudicial para los intereses de Vuecencia...

D. LEONC. (¡Ah, vamos, es el administrador!) Jóven, yo no hago caso de cuentos; su tio de usted administra esos bienes á mi satisfaccion, y nunca he hallado motivo para reprocharle nada. (¡Dios mio! ¡Qué berengenal!)

ARTURO. ¡Oh, señor! Qué bueno es Vuecencia... Esa benignidad me anima á pedirle un nuevo favor.

D. LEONC. Pida usted, hombre, pida usted. ¡Si yo soy lo más generoso!...

ARTURO. Señor marqués, yo estoy enamorado de Aurora.

D. LEONC. ¿Sí? ¿eh? Bueno. ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

ARTURO. Si Vuecencia le rogara á su padre que me la concediera en matrimonio, él no podría negarse.

D. LEONC. Bien, se la pediré. Y diga usted. ¿Quién es su padre?

ARTURO. ¡Rebolledo! El administrador de Vuecencia.

D. LEONC. Ah, sí, Rebolledo. Usted dispense, ya no me acordaba, ¡qué memoria la mia! Aurora, sí, la ví de niña ¡muy guapetona!

ARTURO. ¿Cómo? ¿La ha visto Vuecencia?

D. LEONC. Sí.

ARTURO. Si Aurora no ha salido nunca del pueblo y Vuecencia no ha venido despues de nacer ella.

D. LEONC. (¡Cielos!) Le diré á usted... la ví en un retrato que me mandó su papá.

ARTURO. Si aquí no hay fotógrafos.

D. LEONC. No, la retrató uno de la ciudad... de memoria.

ARTURO. (Algun invento nuevo); pues no lo sabia.

LEONC. Yo tampoco.

ARTURO. ¿Conque protegerá Vuecencia mis amores?

D. LEONC. Sí, ¡no faltaba más!

ARTURO. ¿Y será Vuecencia mi padrino de boda?

D. LEONC. Con mucho gusto.

ARTURO. ¡Oh! ¡Qué bueno es Vuecencia! gracias, gracias. Aquí vienen mis tios.

D. LEONC. (¡Ay! ¡esto solo me faltaba!)

ESCENA X.

Dichos, TRIFONA y REBOLLEDO.

TRIFONA. Señor marqués. ¡Oh, qué dicha! (Abrazando á don Leoncio.) ¡Volver á abrazar á Vuecencia! Vuecencia ya no se acordará de mí.

REBOLL. (¡Cielos! ¡el hombre á quien traté antes tan mal! ¿Qué va á ser de nosotros?)

D. LEONC. No, en efecto.

TRIFONA. Míreme bien Vuecencia...

D. LEONC. (¡Qué mamarracho!) No recuerdo...

TRIFONA. Pues es extraño, porque cuando Vuecencia me vió la última vez ya tenia tres meses.

D. LEONC. Pues á pesar de tener ya tres meses cuando la ví á usted la última vez, no recuerdo...

TRIFONA. Yo soy Trifona.

REBOLL. }
ARTURO. } Es Trifona.

D. LEONC. Ah, sí, sí; Trifona... justo... Trifona! Sí parece mentira que no la haya reconocido! (Abrazándola)

TRIFONA. Y este es Rebolledo, mi marido.

D. LEONC. ¡Rebolledo!

REBOLL. Servidor de Vuecencia. Tengo que pedir perdon á Vuecencia por lo de antes, y...

D. LEONC. ¡Quiá! ¿Quién se acuerda de eso? Usted no me conocia.

TRIFONA. Perdónele Vuecencia.

D. LEONC. Bien, perdonado, perdonado. (Pues señor, estoy haciendo favores á todo el mundo.)

ARTURO. Es muy llanote. (A Rebolledo.)

TRIFONA. Gracias, señor marqués. El que no ha variado nada es Vuecencia; está lo mismo que el dia que le dejé.

REBOLL. En efecto, lo mismo.

D. LEONC. Sí, lo mismo. (¿Dónde tendrá los ojos esta gente?

REBOLL. ¿Y cómo se ha dignado Vuecencia venir por aquí cuando le hacíamos camino de Alemania?

D. LEONC. Ya ve usted, caprichos; ya estaba con el equipaje preparado, cuando me arrepentí, y me dije: ¡Qué canastos! Vamos á visitar á mis buenos administradores, que estarán deseando verme.

ARTURO. (No lo sabes tú bien.)

REBOLL. ¡Oh! Ha hecho usted perfectamente. (¡Que no hubieras descarrilado!)

TRIFONA. ¡Tanto tiempo sin venir por acá! En fin, los años que usted tiene, que ya van para...

D. LEONC. Cincuenta y tres cumplo en Julio.

TRIFONA. ¡Cómo! ¡Si nació usted el año cuarenta y estamos en el setenta y siete.

D. LEONC. (Ay ¡Dios mio!) Me explicaré... Me explicaré...

ARTURO. / REBOLL. A ver, á ver.

D. LEONC. Nací el año cuarenta, ¿es verdad? Parece que debo tener treinta y siete años.

LOS TRES. Justo.

D. LEONC. Pues no señor. Como de estos treinta y siete años he vivido diez y seis en el extranjero, y allí se vive muy de prisa, yo cuento por dos cada uno de los años que allí paso, y ahí tienen ustedes justa la cuenta.

TRIFONA. / REBOLL. ¡Ah!

ARTURO. ¡Qué talento! ¡Cómo se le conoce á usted que ha viajado!

D. LEONC. Sí, eso se nota en seguida: viajando se ilustra uno mucho.

REBOLL. Pero el señor marqués querrá descansar y no es justo que le molestemos. En palacio tiene Vuecencia ya dispuesta su habitacion; la habitacion de sus mayores, que está en el piso principal.

D. LEONC. Gracias. (¿En el piso principal? Me podré tirar por el balcon y huir.)

TRIFONA. Vamos, señor marqués.

D. LEONC. Vamos, sí. (A ver si puedo escapar cuanto antes.) Marcan la salida y les detiene la entrada de Roque.

ESCENA XI.

Dichos y ROQUE.

ROQUE. Ya está todo el pueblo alborotado. Hoy se hace fiesta por la venida del señor marqués. El al-

calde ha reunido al *minocipio* para venir á saludar á Vuecencia; el tamborilero toca ya que se las pela, y el cortaor ha matado una vaca y algunos corderillos. ¡Que va á haber funcion hasta reventar!

D. LEONC. (¡Dios mio! ¿En qué va á parar esto?) Gracias, tio Roque.

ROQUE. Yo he corrio como un galgo pa que se supiera la noticia cuanto antes, y á estas horas too el pueblo está loco de contento y se prepara á venir á saludar á Vuecencia. ¡Que dia vamos á pasar!

REBOLL. No le haga usted caso, y véngase á descansar, que despues habrá tiempo para recibir á las visitas.

ROQUE. ¿Qué le está usté diciendo al oido, tio sacamantas?

TRIFONA. ¿A usted qué le importa?

ROQUE. Es que si es mal de mí, voy allá y á usté y á él...

ARTURO. No falte usted al respeto á estos señores...

ROQUE. Calle usté, don *alfeñique*...

D. LEONC. Calma, señores, calma.

ROQUE. Oiga usted una palabra. (A D. Leoncio.) Supongo que seguirá usted pensando lo mismo, y que la administracion será para mí.

D. LEONC. Sí: ¡no faltaba más! (Si le digo que no, me parte de un garrotazo.)

REBOLL. A pesar de su llegada de usted, ¿seguiré administrando los bienes como siempre?

D. LEONC. ¡Qué ha de hacer!

TRIFONA. Usted que casi es hijo mio protejerá á mi hija, que viene á ser hermana de usted.

D. LEONC. Hermana... por carambola. Que cuente con mi proteccion.

ARTURO. No se olvide usted de mi matrimonio.

D. LEONC. Pierda usted cuidado. (Esto no es ser marqués; esto es ser agente de negocios.)

ESCENA XII.

Dichos, el ALCALDE, mozos.

ALCALDE. ¡Viva el marqués!
TODOS. ¡Viva!
D. LEONC. Gracias, señores, pero quisiera retirarme.
TRIFONA. Quisiera retirarse.
REBOLL. Quisiera retirarse.
ARTURO. Quisiera retirarse.
ALCALDE. Pues nada, muchachos, á hombros con él, y á casa. ¡Viva el marqués! (Le cojen.)
TODOS. ¡Viva!
D. LEONC. Está visto; me tengo que resignar á ser título.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio grande de la casa del marqués.—A la derecha del actor una escalinata practicable, que conduce á las habitaciones de Palacio.—A la izquierda dos puertas: la del primer término permanecerá cerrada hasta que lo indique la accion: la del segundo corresponde á las habitaciones del administrador. En el foro una verja con una puerta. Un banco rústico.

ESCENA I.

D. LEONCIO, REBOLLEDO.

D. LEONC. (¡Gracias á Dios que puedo sentarme un rato! Primero esas felicitaciones de Barrabás, que creí que no terminaban nunca; despues la visita al palacio... Francamente, no sospeché que tendria tantas quiebras el oficio de marqués.)

REBOLL. ¿Ha quedado Vuecencia satisfecho de la visita?

D. LEONC. Sí; satisfecho y... cansado.

REBOLL. ¡Es muy grande el palacio!

D. LEONC. Mucho.

REBOLL. ¿Quiere Vuecencia ver ahora las cuadras y demás dependencias de la planta baja?

D. LEONC. No, no; otro dia.

REBOLL. Sí; ya que el señor marqués pasará entre nosotros una temporada, tiempo tiene para todo.

D. LEONC. Sí; justo. (¡Para todo! ¡Hasta para que me desuellen!)

REBOLL. Ah! He dado un pellejo de vino á los mozos del pueblo para que solemnicen vuestra llegada. Esta noche les daré otro.

D. LEONC. Bueno; los que usted quiera.

REBOLL. ¡Arregladas van á andar las cabezas dentro de cuatro ó cinco horas! Mire usted que si en esa oportunidad le da la gana de llegar al comisionado de apremios, que dicen está ya en camino, la logra.

D. LEONC. (¡Dios santo!) ¿Pero cree usted que le matarán?

REBOLL. Como tres y dos son cinco. ¡Buena gente es la de este pueblo!

D. LEONC. (¡María-Santísima! ¡Ya me veo hecho pedacitos!)

REBOLL. Con que, hablando de lo que nos interesa, ¿para cuándo le parece á Vuecencia que casemos á los muchachos?

D. LEONC. Cuando usted quiera.

REBOLL. Pues por mí cuanto antes; pero ¡cuanto antes!

D. LEONC. Pues por mí, vamos ahora mismo.

REBOLL. No tanto; porque, despues de todo, Vuecencia como padrino tendrá que encargar los regalos á fuera, y hasta que lleguen...

D. LEONC. Es verdad. (No me acordaba que tenia que encargar los regalos.) Yo enseguida escribo á mi administrador de Madrid y á los cuatro dias...

REBOLL. Pues quiere decir que de aquí á una semana queda el asunto zanjado.

D. LEONC. Justo. (De aquí á una semana puede que esté yo ya en el otro mundo.)

REBOLL. Estas cosas, cuanto antes mejor.

D. LEONC. (Pero ¿cuándo me quedaré yo solo para tomar las de Villadiego?)

REBOLL. Pues una vez la cosa zanjada, voy á avisar á la familia que estará impaciente.

D. LEONC. Es verdad, sí, corra usted, corra usted. (Esta es la mia.)

REBOLL. Y les digo que la boda se verificará el lunes... (Marcando las salidas.)

D. LEONC. Sí, el dia que usted quiera...

REBOLL. ¿Y que Vuecencia colocará á Arturito?

D. LEONC. Sí, vaya usted; no sea usted posma.

REBOLL. Y que consiente Vuecencia en ser su padrino.

D. LEONC. Sí, padrino, y madrina, y comadron y todo lo que haga falta. Vaya usted con mil diablos. (A ver si yo tambien me puedo ir.)

REBOLL. Voy...

D. LEONC. ¡Gracias á Dios!

REBOLL. Pero ya no hace falta... aquí están ellos.

D. LEONC. (¡Me aplastó!) (Se sienta desfallecido.)

ESCENA II.

Dichos, TRIFONA, AURORA, ARTURO.

REBOLL. (D. Leoncio ensimismado y sin hacer caso de los otros hasta que marque el diálogo.) Llegais á tiempo para dar las gracias al señor marqués que ha accedido á todo. El lunes os casareis...

ARTURO. ¡Qué felicidad!

REBOLL. Tú serás colocado inmediatamente.

ARTURO. ¿De qué? ¿de qué?

TRIFONA. ¡Otra! con las relaciones del amo lo menos de gobernador de provincia.

AURORA. ¡Ay, qué gusto! ¡gobernadora!...

REBOLL. Y va á encargar los regalos que te ha de hacer á su administrador de Madrid. .

TRIFONA. ¡Que serán cosa buena!

ARTURO. Figúrese usted.

REBOLL. Con que, andad, andad á darle las gracias. (Arturo y Aurora se arrodillan ante D. Leoncio, diciéndole:)

ARTURO. ¡Señor!
AURORA. ¡Señor!

D. LEONC. ¡Cáscaras! (Asustado.)

TRIFONA. ¡Cuánto haceis por nosotros! Echad vuestra bendicion sobre esta pareja que merced á vuestra generosidad va á ser feliz...

D. LEONC. Señora, yo...

REBOLL. Echesela Vuecencia.

D. LEONC. Vamos allá. (Bendiciéndoles dice aparte:)

D. LEONC. Leoncio, marqués, obispo y mártir.

TRIFONA. ¿No sereis ingratos? ¿Verdad, hijos mios?

ARTURO. De ningun modo.

AURORA. Yo me acordaré de Vuecencia en todas mis oraciones.

D. LEONC. (¡Buena falta me hace!) y ahora, si á ustedes les parece, me iré á dormir un rato.

REBOLL. El marqués es el amo y puede disponer lo que guste.

D. LEONC. (¡Buen amo te dé Dios!) Conque hasta luego, señores.

TODOS. Hasta luego.

D. LEONC. (¿Qué altura tendrá el balcon?)

ESCENA III.

Dichos, menos D. LEONCIO, y ROQUE.

REBOLL. Creo que estais satisfechos; todo va saliendo á pedir de boca...

ROQUE. A la paz de Dios.

TRIFONA. Venga usted con él.

REBOLL. ¿Qué se ofrece, tio Roque?

ROQUE. *Pús* aquí venia á ver el señor marqués.

TRIFONA. Ahora no se puede. Su Excelencia está des-

cansando, y no es cosa de irle á molestar.

ROQUE. No hay que enfadarse: *quié* decirse que me voy por donde he *venio* y en paz. (Indica la salida.)

TRIFONA. (¡Uf, qué hombre!)

ROQUE. ¡Ah! Pues le dicen ustes, si *quien* decírselo, y sino no se lo digan, que á tiempo vendré yo *pa* ponerle en autos de *too*...

TRIFONA. Acabe usted, hombre.

ROQUE. Pues *naa*, que le digan ustés que le he traido el equipaje que se dejó en mi casa, y que por *mor* de no encontrarle á él en *presona*, me lo he vuelto á llevar.

REBOLL. ¿Y dónde está este equipaje?

ROQUE. Aquí.

TRIFONA. ¡Una sombrerera desvencijada! (Buen equipaje te dé Dios!)

ROQUE. Pues él no traia otro. ¿Y qué saben ustes lo que vendrá aquí *drento?* Ello cosa de poco peso es, porque lo mismo se tiene en la mano que si fuera un pañuelo: por eso he *presumio* yo que debe estar llena de billetes de banco.

TRIFONA. ¡Puede ser, mira!

REBOLL. Pues venga, venga, que la hacienda del amo en su casa debe estar.

ROQUE. Ande usted allá. (Rechazándoles.)

REBOLL. Yo soy el administrador del señor marqués y yo solo debo...

ROQUE. ¡Señor administrador! (Riéndose.)

TRIFONA. (¿Qué dice este hombre?)

REBOLL. Sí, señor.

ROQUE. Eche usted roncas, que para lo que le ha de durar esas *brava*...

REBOLL. ¡Qué dice usted?

ROQUE. *Naa*, que *drento* de un par de horas tomará usté el portante, y entraré yo en posesion de su destino.

REBOLL. } ¡Usted!
TRIFONA. } ¡Usted!

ROQUE. Yo, sí señor, que para estar más libre cuando el señor marqués quiera disponer de mí, he vendido ya la taberna.

REBOLL. Vamos, usted sueña.

TRIFONA. Pero ¿no ois lo que dice este hombre? (A Aurora y Arturo, que durante el diálogo anterior habrán estado hablando aparte.)

LOS DOS. ¿Qué dice?

ROQUE. Este hombre dice que si ahora es hombre, luego será administrador, y que si Rebolledo es ahora administrador, luego será hombre.

REBOLL. ¡Buena administracion será la de usted!

ROQUE. ¡Hace falta mucha *cencia* para eso! Con decir que el palacio necesita reponerse y no hacer naa en él, y con decir que la cosecha se pierde, y que los colonos no pagan, ya está el asunto arreglado y el bolsillo repleto.

TRIFONA. ¡Deslenguado!

REBOLL. Calumniador!

ARTURO. ¡Infame!

ROQUE. ¡No hay que ponerme motes, ¿eh? porque si me llego á enfadar!..

TRIFONA. Vamos, Pantaleon, vamos, hijos mios; porque es imposible escuchar á este hombre con paciencia.

REBOLL. Tienes razon, vamos.

TRIFONA. Ay, Jesús, qué lenguas de hacha hay en el mundo. (Yéndose todos.)

ESCENA IV.

ROQUE y el MARQUES.

ROQUE. Sí, iros, iros, que no tardareis en largaros del todo. Y ahora aquí me siento, y hasta que

venga el marqués no hay quien me mueva.

MARQUÉS. (Pues señor, llego como queria, sin ser visto de nadie; realizo mi plan de sorprender á mi administrador. ¡El me cree camino de Alemania! Cierto que allá estaria á no ser por la maldita ruleta que me acabó de arruinar en una noche desgraciada. En fin, contentémonos y á ver lo que puede sacar un marqués tronado de estas paredes y de los pedazos de tierra que le dejaron sus mayores. Mi riguroso incógnito me servirá para sorprender mejor á mis servidores. Pero, calle, allí veo á un aldeano: interroguémosle.) Buen hombre.

ROQUE. (Un forastero.) ¿Qué se ofrece? (Levantándose.)

MARQUÉS. ¿Es usted de la casa?

ROQUE. Sí, y no.

MARQUÉS. ¿Cómo?

ROQUE. (¿Quién será este?) Pues bien mirado no soy de la casa, aunque bien mirado sí lo soy; porque estoy como quien dice con un pié *drento* del palacio, con otro pié fuera del palacio, con otro pié *drento* de la taberna, con otro pié...

MARQUÉS. Pero, hombre. ¿Cuántos piés tiene usted? (Riéndose.)

ROQUE. ¡Otra! Dos, como todo el mundo. (Me está dando mala espina este *endeviduo.*) Y, dígame, y perdone la curiosidad, ¿usted quién es?

MARQUÉS. Pues yo soy... (¿qué le diré?) Pues yo soy...

ROQUE. No diga usted más; me lo he *maliciao* en seguida que le he visto á usted con esa cartera y esa cara tan seriota y tan de pocos amigos; usted es...

MARQUÉS. ¿Quién?

ROQUE. El *comisionao* de apremios.

MARQUÉS. (¡Buena idea! ¡magnífica para conservar mi incógnito!)

ROQUE. Conque ¿acerté ó no?

MARQUÉS. Sí, en efecto, ha acertado usted.

ROQUE. ¡Si tengo yo una nariz! (Vino el marqués y en seguida dí en que era él; viene éste, pues por verle ¡zás!)

MARQUÉS. Yo soy el comisionado de apremio.

ROQUE. ¡No podia fallar! pues sepa usted que me alegro mucho.

MARQUES. Si ¿eh?

ROQUE. Muchísimo. Le esperaba á usted con gran impaciencia.

MARQUES. (¡Qué raro!) ¿Y para qué?

ROQUE. Pues... *pa* poquita cosa... *pa* hacerle á usted tajadas.

MARQUES. ¡Caracoles!

ROQUE. No se asuste usted, ello tiene que ser.

MARQUES. ¡Hombre!...

ROQUE. No hay hombre que valga, so tuno.

MARQUES. ¿Cómo que tuno?

ROQUE. Tuno, si señor, tuno...

MARQUES. Atienda usted.

ROQUE. No quiero. Usté tiene que morir á mis manos, y si vive todavía, dé gracias á que estamos en casa del marqués, y sobre todo, á que dí palabra al Alcalde de matarle á usté en su presencia, y yo jamás falto á mi palabra.

MARQUES. Pero, oiga usted...

ROQUE. No quiero...

ESCENA V.

Dichos y LEONCIO.

D. LEONC. ¿Qué bulla es esa? ¿Por qué alborotan ustedes así?

MARQUES. Caballero...

ROQUE. Cállese usted...

D. Leonc. Deje usted...

Roque. ¡Silencio!

D. Leonc. Bueno; hable usted, tio Roque.

Roque. Sí que hablaré. Sepa usté que este tunante...

Marqués. ¿Cómo que tunante?

D. Leonc. Calma, señores, calma; no hay que enfadarse...

Roque. Pues como *icia*, este es un pájaro...

Marqués. ¡Yo! ¡¡Yo!!

D. Leonc. Templanza. No se incomode usted por eso, caballero, porque, diga lo que quiera el tio Roque, á primera vista se conoce que no es usted pájaro. Siga usted, sin ofender á nadie.

Roque. Pues *naa*, que todo está dicho en dos palabras. ¿Sabe usté quién es ese?

D. Leonc. No.

Roque. ¿No se lo conoce usté en la cara?

D. Leonc. No.

Roque. ¿Ni en la cartera?

D. Leonc. No. Acabe usted.

Roque. Pues es el *comisionao* de apremios.

D. Leonc. (¡Cielo santo!)

Marqués. Caballero, yo...

Roque. Cállese usté si no quiere que le estrelle sin que lo vea el Alcalde.

D. Leonc. Vamos, calma; ¡todo se arreglará! No tenga usted cuidado caballero.

Roque. ¿Que no tenga *cudiao*, eh? ya verá, ya verá.

Marqués. Pero si...

D. Leonc. Silencio. (Si habla me pierde de seguro.) Tio Roque ¿así trata usted á un delegado del poder supremo, á un representante legítimo del gobierno constituido, á un funcionario público?

Roque. A mí no me venga usté con palabras de esas; yo veo que me viene á sacar el dinero, y me defiendo y le mato.

D. LEONC. ¡Le ha de respetar usted!
ROQUE. Haciéndole trizas.
D. LEONC. ¡Cómo! ¿Y se atreverá...?
ROQUE. ¡Pues no me he de atrever! Ya lo creo.
MARQUÉS. Pero, oíganme ustedes...
D. LEONC. ¡Silencio, que yo basto! Sépalo usted, tio Roque, que yo defiendo á este señor. (¿Quién me defenderá á mí?)
ROQUE. ¿Usté, usté le defiende?
D. LEONC. Sí. ¡Yo!
ROQUE. Ahora voy á *icir* por *toas* partes que está aquí el comisionao de apremios, y ya verá usted lo que le vale su defensa.
D. LEONC. Pero, tio Roque... (Queriendo contenerle.)
ROQUE. Ya verá usted, ya verá usted. (Yéndose.)

ESCENA VI.

D. LEONCIO y el MARQUES.

D. LEONC. Ese hombre es un animal.
MARQUES. Diga usted eso. Si no es por la oportuna intervencion de usted, no sé qué hubiera sido de mí. Gracias, caballero.
D. LEONC. No, no me lo agradezca usted: he cumplido con mi deber...
MARQUES. A pesar de todo...
D. LEONC. Además, yo siento una invencible simpatía hácia los comisionados de apremio.
MARQUES. Es que yo ni soy comisionado de apremio, ni Cristo que lo fundó.
D. LEONC. (¡A quién se lo cuentas!) ¿Y puedo saber á quién tengo el honor?...
MARQUÉS. No deseo otra cosa sino que usted lo sepa.
D. LEONC. Veamos.
MARQUÉS. ¡En mala hora me dió la gana de venir de incógnito y de autorizar con mi aquiescencia á

ese salvaje para que me creyera el comisionado, á quien tan generosa hospitalidad aguarda en este pueblo!

D. LEONC. (¡Ay!)

MARQUÉS. Sepa usted que yo soy el marqués de *Torremocha*, el dueño de este palacio.

D. LEONC. (¡Santo Dios!) Usted... es... usted es...

MARQUES. ¿Qué le sucede á usted?

D. LEONC. Nada; la emocion... la alegría... el... la... (¿Qué va á ser de mí?)

MARQUÉS. A usted le he conocido en seguida que he visto el respeto con que era tratado por ese campesino.

D. LEONC. ¿Conque me ha conocido usted? Sí; no me extraña, porque el rostro y la cara... y... (No sé lo que me digo.)

MARQUÉS. Vamos, venga un abrazo...

D. LEONC. No sé si debo... (Resistiéndose.)

MARQUÉS. No faltaba más...

D. LEONC. ¡¡Señor marqués!! (Abrazándole.) (De buena gana le ahogaria.)

MARQUÉS. Siento un inmenso placer en haber estrechado al más antiguo de mis administradores, á mi fiel Rebolledo.

D. LEONC. (Me toma por Rebolledo, adelante.) ¿Y yo? ¿Y yo, señor marqués? No cambiaria este momento por el mejor de mi vida. Yo que os he visto así, así de chiquitito. ¡Oh, qué tiempos aquellos!

MARQUÉS. Sí, muy felices. Y dígame usted, ¿que tal está mi querida nodriza?

D. LEONC. (¿Qnién será su nodriza?) Pues la pobre.... murió.

MARQUÉS. ¿Ha muerto Trifona?

D. LEONC. (¡Ay, que era Trifona, y la he matado!) No quiero decir eso, no; quiero decir que estuvo á la muerte...

MARQUES. ¿Y hoy?
D. LEONC. Está bien, está bien, gracias á Dios.
MARQUES. Me alegro. ¿Y Aurora?
D. LEONC. Buena, tambien buena.
MARQUES. Tengo ganas de ver á las dos.
D. LEONC. ¿El señor marqués tiene ganas de verlas? Voy á llamarlas (Marcando la salida.) (y no vuelvo).

ESCENA VII.

Dichos y TRIFOÑA.

D. LEONC. Pero ahí tiene usté á Trifona. (¡Dios mio!)
MARQUES. Voy á... (Corriendo hácia ella.)
D. LEONC. No, no... (Deteniéndole.) Déjeme usted que la prepare: la emocion la haria mucho daño... No sabe usted lo nerviosa que está esta temporada.
MARQUES. Bien, bien.
D. LEONC. (A Trifona aparte y rápidamente.) No se extrañe usted de nada. Si habla usted algo lo arrojo de esta casa.
TRIFONA. (¿Qué embolismo será este?)
D. LEONC. Aquí le tienes. No le hubieras conocido, ¿verdad?...
TRIFONA. Si yo nunca...
D. LEONC. (Interrumpiéndola.) Claro, nunca; no es extraño...
MARQUES. Veo que la sorprende á usted mi llegada.
D. LEONC. Mucho, mucho. ¡No la ha de sorprender!
MARQUES. Yo esperaba que en cuanto usted me viera se lanzaria á mis brazos.
TRIFONA. ¡Cómo! Yo...
D. LEONC. Ella, sigue tan corta de génio como siempre: además, como no esperaba este encuentro...
TRIFONA. Si yo no conozco...
D. LEONC. Eso es: ella no conoce á ninguna mujer que así, de buena á primeras se deje abrazar.
MARQUES. Pero...

TRIFONA. No es eso...

D. LEONC. Precisamente, no es eso, ¡toma, pues si fuera eso! sino que...

MARQUES. Pero, hombre de Dios, ¿quiere usted dejarla hablar á ella?

D. LEONC. ¡No faltaba más! Por mí que hable, que hable. Vamos, habla, habla, hija mia. (La hace con la cabeza signos negativos.)

TRIFONA. Pues digo que me ha sorprendido...

D. LEONC. ¿Lo ve usted? La ha sorprendido. ¿No le decia yo á usted que la habia sorprendido? Si los nervios... y la emocion... y...

MARQUES. ¿Se callará usted? No parece sino que tiene hormiguillo en la lengua.

D. LEONC. (Lo que yo tengo es una olla de grillos aquí.) (Señalándose la cabeza.)

MARQUES. Siga usted. (A Trifona.)

TRIFONA. Pues yo...

D. LEONC. Si no sabe explicarse.

TRIFONA. ¿Cómo que no?

D. LEONC. No es eso: explicarse, sí sabe, pero...

ESCENA VIII.

Dichos, AURORA y ARTURO.

AURORA. ¡Mamá, mamá!

D. LEONC. Aquí la tiene usted; ven acá, Aurora, hija mia...

ARTURO. (La trata de tú.)

D. LEONC. Está hecha un pimpollo, ¿no es cierto? ¡Y qué educacion!

TRIFONA. En cuanto á eso...

MARQUES. Sí, que está muy guapa.

AURORA. Señor...

D. LEONC. No te ruborices, tonta; si eso no es más que la verdad.

ARTURO. (¡Y la sigue tratando de tú!)

TRIFONA. Es el vivo retrato de su padre... (Al Marqués.)
MARQUES. No me parece... (Mirando á D. Leoncio.)
D. LEONC. Sí, igual, igual que su padre... cuando era jóven.
MARQUES. (A Aurora.) Y dígame usted, con esa cara tan bonita, aun no hay novio de por medio?
TRIFONA. (¡Qué pregunton!)
D. LEONC. Sí; si la casamos con su primo, con éste. (Señalando á Arturo.)
ARTURO. Servidor de usted.
MARQUES. ¡Ah! ¿Conque son ustedes primos? Pues ¿de quién es hijo este jóven? ¿De Jacinta?...
D. LEONC. Sí; justo, de Jacinta...
TRIFONA. No señor.
ARTURO. ¡Quiá! De Anastasia, la hermana de mi tia...
D. LEONC. Eso es, de Anastasia. ¡Qué cabeza! siempre confundo...
MARQUES. ¿Y cuándo es la boda?
AURORA. El lúnes próximo.
MARQUES. ¿Y el padrino?
ARTURO. El señor...
D. LEONC. (Interrumpiéndole con rapidez.) Yo, yo... queremos que todo quede en casa, ¿verdad? Así que, por no molestar á nadie, yo lo seré todo.
MARQUES. ¿Estás contenta?
AURORA. Sí señor.
TRIFONA. Mucho.
D. LEONC. Mucho; ¡no lo ha de estar! ¡Todos estamos muy contentos! (Al marqués.) Pero ¿no le parece á usted que hablemos un ratito de nuestros asuntos?
MARQUES. Hay tiempo para todo.
D. LEONC. No señor; lo primero es lo primero, y yo soy muy formal en mis cosas.
MARQUES. Pero hombre...
D. LEONC. ¡No hay hombre que valga! A ver, los chicos que no entendeis de estas cosas, adentro: he dicho.

ARTURO. (¡Y nos trata de tú!) Está bien.
AURORA. Hasta luego.
MARQUES. Adios. (Se van Aurora y Arturo, ella por la lateral derecha, él por el foro.)
D. LEONC. Y tú, Trifona, á arreglar algo por casa...
TRIFONA. (¡Qué confianza!) Si no hay nada.
D. LEONC. Largo he dicho.
MARQUES. Déjela usted...

ESCENA IX.

Dichos y REBOLLEDO.

REBOLL. (Que entra apresuradamente.) ¡Hola! anda por aquí su excelencia; me alegro.
D. LEONC. (Otra complicacion; aquí entrego la piel.)
MARQUES. Dice usted que se alegra de verme. (A Rebolledo.) ¿Qué me quiere usted?
D. LEONC. (Aparte.) (Ahora va á ser ella.)
REBOLL. Yo no le he dicho á usted nada.
MARQUES. ¿Pues hay aquí más excelencia que yo? ¿Quién es ese hombre? (A Leoncio.)
REBOLL. ¿Quién es ese mequetrefe? (A Trifona.)
TRIFONA. Debe ser un amigo de su excelencia.
D. LEONC. ¿Ese hombre? ¿Ha preguntado Vuecencia que quién es ese hombre? Pues... ese no es hombre.
MARQUES. ¡Cómo!
D. LEONC. Quiero decir que es un animal.
MARQUES. Con efecto, tiene traza de eso.
REBOLL. Cómo me mira; ni que me estuviera retratando.
D. LEONC. Pues sí señor; es primo de mi mujer.
MARQUES. ¿Pero de qué me conoce? El dijo bien claro que se alegraba de verme.
D. LEONC. No; si lo decia por mí.
MARQUES. ¿Por usted?
D. LEONC. Por mí, sí señor; yo tambien tengo excelencia.
MARQUES. ¡Ah! No lo sabia.

D. LEONC. (No era fácil.) No me gusta darme tono.
MARQUES. ¿Tiene usted alguna cruz?
D. LEONC. ¡Una! (¡Si no fuera más que una!)
MARQUES. ¿La principal?
D. LEONC. La de sufrimiento... por la patria.
MARQUES. ¿Usted ha sufrido?
D. LEONC. Mucho (¡y lo peor es lo que me queda todavía que sufrir!)
MARQUES. (¡Qué escándalo! ¡Ya no hay diferencias sociales! Cualquier pelagatos se permite el honor de sufrir por la patria.)
TRIFONA. Anda, hombre, no le dejes de la mano. Mira que no me gusta verle tan uña y carne del forastero.
RÉBOLL. Voy allá.
D. LEONC. (Si yo pudiera llevarme al marqués.)
REBOLL. Señor marqués...

(D. Leoncio tose fuerte para apagar la voz de Rebolledo y toma del brazo al marqués, llevándole en varias direcciones.)

D. LEONC. Pues sí, querido señor, esto es magnífico, deslumbrador... ¿Quiere Vuecencia ver el palacio?
MARQUES. Antes quisiera descansar.
REBOLL. (A Trifona.) Le ha llamado Vuecencia el marqués. Debe ser pájaro gordo.
TRIFONA. Ya ves, amigo suyo. Pero, anda hombre, suéltale eso.
REBOLL. Señor marqués... (D. Leoncio tose.)
MARQUES. Me parece que está usted constipado.
D. LEONC. Efectivamente, estoy muy constipado, digo ¿eh? (Tose.)
REBOLL. ¿Y por qué no lo ha advertido Vuecencia?
TRIFONA. Eso es. ¿Por qué Vuecencia no lo ha advertido?
MARQUES. Calle, calle...
D. LEONC. (Me aplastaron.)
MARQUES. Decia usted que no le gustaba darse tono y se hace dar tratamiento hasta de su mujer.

D. LEONC. (¿Qué le diré yo?) ¿Eso ha reparado? Pues es sencillamente que llevamos de monos una semana.

TRIFONA. ¿Qué se dirán al oido?

REBOLL. No sé; pero no me gustan esos cabildeos.

MARQUES. Hombre, hombre...

D. LEONC. Crea Vuecencia lo que le digo; no puedo sufrirla; en fin, tenemos en suspenso el divorcio por respeto á Vuecencia; pero en cuanto el señor marqués dé la vuelta á Madrid...

MARQUES. Nada, nada, esto no ha de seguir; yo les haré firmar las paces. Señora...

D. LEONC. (¡Dios mio!)

REBOLL. Anda Trifona que te llama el amigo del señor marques.

TRIFONA. ¿Qué quiere usted?

MARQUES. Va usted á verlo.

D. LEONC. (De esta no escapo.)

MARQUES. Venga usted acá. Dénse ustedes un abrazo. (A D. Leoncio. Toma á D. Leoncio y Trifona de la mane y les acerca uno á otro.)

D. LEONC. Con mucho gusto.

TRIFONA. ¡Ave-María purísima! (Resistiéndose.)

REBOLL. Caballero, ¿eso en mi presencia?

MARQUES. ¿Pero á usted qué le importa esto? Ea, aprieten ustedes y como si no hubiera pasado nada entre los dos. (Les obliga á abrazarse.)

REBOLL. ¡Qué escucho!

D. LEONC. (Cómo se deja abrazar la maldita.)

TRIFONA. Basta, basta.

MARQUES. ¡Já, já, já!

REBOLL. (¿Qué habrá mediado entre mi mujer y el marqués?)

D. LEONC. (¡Diosmio! no habia contado con este tormento.)

ESCENA X.

Dichos y ARTURO.

ARTURO. ¡Ah, gracias á Dios! Cuánto me alegro de haber encontrado á usted. (Al marqués.)

REBOLL. ¿Qué sucede?

ARTURO. Afortunadamente supe por Roque que estaba usted aquí.

TRIFONA. Pero ¿qué pasa?

ARTURO. Roque se acerca al frente de un grupo de vecinos.

D. LEONC. (¡Ay! ¡ay! ¡yo me pongo malo!)

MARQUES. Que se acerquen, ¿eso qué importa?...

ARTURO. Que vendrán por usted, señor comisionado.

TRIFONA. ¡El comisionado!

REBOLL. Ya lo creo que vendrán por usted.

TRIFONA. Dicen bien; le van á arrastrar; ocúltese usted, señor comisionado.

D. LEONC. Eso es, ocúltese usted.

TODOS. Ocúltese usted, ocúltese usted. (Rodeándole y llevándole á empujones por el escenario.)

MARQUES. Pero señores, si yo no soy el que ustedes se figuran, yo soy... (Ruido de voces dentro.)

TRIFONA. Que se acercan...

ARTURO. REBOLL. } Que vienen...

D. LEONC. Ocultémosle...

TODOS. Sí, sí...

MARQUES. Pero... (Le obligan á entrar por la puerta lateral izquierda que D. Leoncio cierra con llave.)

D. LEONC. Adentro, adentro (á la fuerza ahorcan.)

ESCENA XI.

Dichos, menos el MARQUES.

TRIFONA. ¡Se ha salvado!

D. LEONC. ¡Quén me salvará á mí!

REBOLL. Voy á impedir que penetren aquí los alborotadores...

TRIFONA. Yo voy contigo, esposo mio.

ARTURO. Y yo tambien. (Vánse los tres.)

D. LEONC. Sí, vayan ustedes, y que nadie entre en mi palacio sin mi permiso.

ESCENA XII.

DON LEONCIO.

D. LEONC. Dios de los cesantes, proteje mi fuga. Prefiero mi banco de la plaza de Oriente á esta vida de abundancias y de sobresaltos. Hasta el valle de Josafat. (Va hácia donde ha salido Rebolledo y se oyen voces.) ¡Ah, vienen por ahí! Estoy mareado y no acierto con la salida. ¿Por dónde saldré al campo, Dios mio? Veamos si por esta puerta... (Abre la de la habitacion en que ha encerrado al marqués.) ¡Cielos! No me acordaba...

ESCENA XIII.

DON LEONCIO, el MARQUES.

MARQUES. Señor mio, le exijo á usted una explicacion de su conducta. (Cogiéndole por un brazo.)

D. LEONC. Perdone Vuecencia, pero tengo prisa. El dia del juicio por la tarde hablaremos.

MARQUES. Le exijo á usted que hable inmediatamente.

D. LEONC. Bonita ocasion para andar con exigencias.

MARQUES. Hable usted.

D. LEONC. Ea, señor mio, ya me voy yo cansando y le advierto que necesito salir de aquí. (Abanicándose con el sombrero.)

MARQUES. ¡Respéteme usted!

D. LEONC. ¿Por qué?

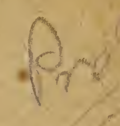
MARQUES. Soy grande de España.
D. LEONC. Sea enhorabuena.
MARQUES. Soy caballero cubierto.
D. LEONC. Yo tambien. (Cubriéndose.)
MARQUES. Nieto del Cid.
D. LEONC. No le creia á usted tan viejo.
MARQUES. ¿Continúa usted mofándose de mí?
D. LEONC. Pero, por todos los santos del almanaque, déjeme usted en paz. ¿Oye usted? (Ruido á dentro.) ¡Si me van á despedazar! señor marqués, sálveme usted la vida.
MARQUÉS. ¿Pero quién es usted?

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

D. LEONC. Ya no soy nadie. (Aquí me estienden la última cesantía.)
ROQUE. No hay que asustarse que vengo pacíficamente.
D. LEONC. (Respiro.)
ROQUE. Hace un cuarto de hora recibió el Alcalde un oficio diciéndole que suspenda usted su comision. (Al marqués.)
MARQUÉS. Yo...
D. LEONC. (¡Ay, ahora me manda desollar el marqués!)
MARQUÉS. ¿Pero por quién me toman ustedes?
ROQUE. Toma, por lo que es; por un comisionado de apremios.
REBOLL. Justo.
TRIFONA. Justo.
ARTURO. Eso es.
AURORA. Eso es.
MARQUES. Pues no es eso. Yo soy el dueño de este palacio, el marques de Torremocha.
D. LEONC. (¡Me aplastó!)
TODOS. ¡El marqués! (Con mofa.)

MARQUES. Sí, señor, el marqués.
TODOS. ¡Ja, ja, ja!
REBOLL. (A D. Leoncio.) ¿Oye Vuecencia lo que dice? ¿No se rie Vuecencia?
D. LEONC. (Para risas estoy yo.) ¿Pues no me he de reir? ja, ja, ja; ya ven ustedes cómo me rio.
MARQUES. No comprendo.
REBOLL. Pero hombre de Dios, si está usted delante del señor marqués.
MARQUES. ¡El señor!
D. LEONC. (Creo en Dios Padre Todopoderoso.) (Dándose golpes de pecho.)
REBOLL. Este señor, justamente: mi amo.
TRIFONA. El que yo he criado á mis pechos.
ARTURO. Mi padrino de boda.
AURORA. Nuestro padrino.
ROQUE. (Dirigiéndose á D. Leoncio.) ¿Pero qué dice usted á esto?
D. LEONC. (Creo en Jesucristo, su único hijo...)
MARQUÉS. Señores, basta de farsa; este hombre es un impostor por lo que veo; pues antes me dijo que era mi administrador.
D. LEONC. (Y vendrá á juzgar á los vivos...)
REBOLL. Aquí hay gato encerrado; veamos el equipaje de este señor. (Busca la sombrerera y saca la ropa y un pliego.) Un papel.
MARQUÉS. Venga ese documento.
D. LEONC. Llegó mi última hora. ¡Ay, yo me muero!... (Va á caer desmayado y le sostienen Roque y Arturo.)
ROQUE. Se ha desmayado.
ARTURO. Hagámosle aire.
MARQUÉS. Es un oficio dirigido al Alcalde para que le socorra como comisionado de apremio.
TODOS. ¡¡El comisionado!!
ROQUE. ¿Y le estamos sosteniendo? Déjele usted que se muera.



ARTURO. Adios mi boda.

AURORA. Adios mi dote.

ROQUE. Y he *vendío* yo mi taberna *pá* ver esto. Voy á arrancarle la piel.

D. LEONC. ¡Socorro, señor marqués!

ROQUE. ¡A él todos!

TODOS. ¡A él!

MARQUÉS. Nadie le maltrate; yo doy por bien hecho cuanto haya ordenado, y cumpliré todos sus efectos.

ROQUE. ¿Me indemnizará usted la taberna?

MARQUÉS. Sí, hombre, sí.

ROQUE. ¡Viva el marqués!

MOZOS. ¡Viva!

D. LEONC. ¡Ah, señor marqués! (Queriéndose arrodillar ante él.)

MARQUÉS. (Impidiendo que se arrodille.) Comprendo los motivos que le han impulsado á tomar mi título, y le doy mi perdon, si usted á su vez consigue que estos señores nos den el suyo.

D. LEONC.

Público, mucho he sufrido;
mas pende de tu bondad
que lo dé todo al olvido...
Aplaude, que te lo pido
con mucha necesidad.

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Sevilla, 14, principal, y en las principales librerías.